

## 7. Redescubrir la alegría

A menudo miramos la alegría como miramos a los niños, es decir, como si fuera un sentimiento que es maravilloso, da placer, es querido por todos, pero que tarde o temprano pasa, y por eso la consideramos como si no fuera realmente esencial para la madurez de nuestra vida, para el recto cumplimiento de nuestra tarea y deber. A lo sumo pensamos en ella con nostalgia, pero como resignándonos a no volver a encontrarla, como la inocencia de nuestra infancia. Y esto también al vivir la vida cristiana, al vivir la vocación en la Iglesia y la misión, el ministerio al que estamos llamados.

Toda vocación y misión, especialmente las que implican un compromiso pastoral, o educativo, por ejemplo la misión de los padres, debe enfrentarse siempre, antes o después, a la realidad de la oposición, de la adversidad, de la hostilidad, en todo caso de la fatiga de realizar con los demás la tarea que se nos ha confiado, la misión que se nos pide; fatiga por ser, como escribe san Pablo, “colaboradores en la alegría” unos de otros (cf. 2 Co 1,24).

Cuando experimentamos oposición, desacuerdo, hostilidad, es obvio e inevitable que nos pongamos tristes, la tarea nos pesa, perdemos la serenidad, perdemos la alegría. A menudo me he encontrado en esta situación en mi vida. Periodos en los que la tristeza parece subir como una marea, en los que te levantas por la mañana pensando más en los motivos de tristeza y decepción que de esperanza. Lo que me salvó no fue tanto la resolución de los problemas, la adversidad o mis limitaciones para vivir la misión, cosas todas ellas que nunca dejarán de perseguirnos. Lo que me salvó fue siempre la gracia de redescubrir la alegría o, si se quiere, de redescubrir la alegría como gracia, como sorpresa, y de redescubrir en ella la fuente de la vida, de la vocación, de la misión.

A menudo, este redescubrimiento de la alegría ha sido precisamente una sorpresa, de ahí el don de la misericordia de Dios, como si me hubiera encontrado de nuevo, oveja y pastor perdido, comunicándome su alegría, la de su amor que se alegra cuando salva y trae a casa a los que estaban perdidos o al menos desorientados.

Sin embargo, la experiencia de esta sorpresa se ha convertido, con el tiempo, en la conciencia de que también debo buscar esta alegría, redescubrirla, pedirla, cultivarla, precisamente para no quedarme siempre como un cojín de paja arrastrado por la tristeza, la tristeza vuelta sobre sí misma, teñida de pesimismo, que es como un torbellino en el río que, en lugar de dejarte seguir fluyendo hacia el mar, te arrastra hacia el fondo fangoso donde te ahogas.

Decía que a menudo consideramos la alegría como nuestra inocente infancia, es decir, con resignada nostalgia. Pero a la luz del Evangelio sabemos que esta consideración nostálgica es una postura pagana, no evangelizada. ¿Por qué? Porque Cristo nos anunció: “En aquel momento, se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: «¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?». Él llamó a un niño, lo puso en medio y dijo: «En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se haga pequeño como este niño, ese es el

más grande en el reino de los cielos. El que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí». (Mt 18,1-5)

Si Jesús nos pide que nos convirtamos para llegar a ser como niños, quiere decir que esto es posible, que la infancia no es un pasado que lamentar, sino el horizonte posible de nuestra conversión, de nuestra madurez humana y cristiana, de la madurez de nuestra vocación y misión. Al fin y al cabo, Jesús traslada nuestra infancia del pasado al futuro, de detrás de nosotros al horizonte hacia el que nos dirigimos.

Lo mismo se aplica a la alegría, ¡es más!, se aplica *contemporáneamente* a la alegría, porque el niño está asociado a una capacidad yo diría natural de alegrarse, de expresar la alegría del corazón, como relación con las personas y con la vida. Sin embargo, todo esto, Jesús no nos lo propone como una vuelta al pasado, sino como el horizonte abierto de un camino de conversión, como algo en lo que podemos y debemos convertirnos: “si no cambiáis y os hacéis como niños”.

Al fin y al cabo, Jesús nos propone la infancia como un nuevo comienzo desde el que siempre podemos volver a empezar. También la Iglesia entera sólo crece volviendo constantemente y en cada época a su comienzo permanente, a su nacimiento e infancia que es Pentecostés, el acontecimiento en el que el Espíritu hace común a todos el comienzo de la Anunciación a María y su “¡Aquí estoy! el comienzo de la Encarnación del Verbo, el comienzo de la llamada de Pedro y de todos los apóstoles, el comienzo de todo encuentro con Jesús en el Evangelio, el comienzo del anuncio del Evangelio, el comienzo de la Última Cena, de la Pasión y Muerte del Redentor, y sobre todo el comienzo absoluto de la Resurrección.

Y todo esto tiene en nosotros una resonancia psicológica y espiritual, pero también física: la alegría, el misterio de la alegría, la gracia de la alegría. Pero debemos comprender lo que esto significa, y dejar que la Palabra de Dios y la experiencia de los santos nos lo enseñen.

Pero al mismo tiempo, mientras preparaba estas meditaciones sobre la alegría, no podía abstraerme de tanto dolor que atormenta al mundo entero: guerras, injusticias, pobreza y hambre, falta de sentido para la vida. Tampoco podía abstraerme de tantas personas enfermas o atormentadas que me pedían oración y comunión.

Me dije: no puedo meditar y hablar de alegría si el sufrimiento de la humanidad no encuentra un lugar central en esta alegría. Una condición indispensable de la verdadera alegría es que no censure nada del sufrimiento humano, de lo contrario sería una alegría falsa e hipócrita. ¿Cómo puede coexistir mi alegría con el sufrimiento de la humanidad, con la guerra de Ucrania y todas las demás guerras de las que sólo habla a menudo el Papa, o con las catástrofes naturales devastadoras?

Aquí tocamos un aspecto esencial que tendremos que profundizar: el vínculo indisoluble entre la verdadera alegría y el amor. Una alegría que censura el dolor es una alegría egoísta, ensimismada, que no irradia. La alegría cristiana, la alegría de Cristo, la alegría que Él nos promete, es una alegría inseparable de la caridad.